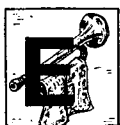


## QUINTANILLA Y CHILOE: LA EPOPEYA DE LA CONSTANCIA <sup>(1)</sup>

por Manuel TORRES MARIN

### I



L 18 de enero de 1826 se concertó la capitulación de las fuerzas que aún defendían la soberanía de España en la Isla de Chiloé, hermosa y feraz región de Chile meridional. Al día siguiente fue ratificado este pacto por el general Ramón Freire, jefe de las tropas de Chile, y por el brigadier Antonio de Quintanilla, último gobernador español de Chiloé. Cesó, pues, de flamear la bandera española en ese territorio el 19 de enero de 1826. Es de observar que esto sucedía a más de un año de ocurrir la batalla de Ayacucho (9 de diciembre de 1824), que señaló la terminación de la dominación española en la América del Sur. Los que se ocupan de estos hechos de manera superficial suelen fijar los ojos únicamente en dicha batalla, y se quedan con la impresión de que todo acabó en ese día. No hubo tal. La resistencia de las fuerzas del rey prosiguió durante un tiempo considerable en dos lugares distintos y muy separados entre sí: la mencionada Isla de Chiloé y la fortaleza del Callao, en el Perú; hasta que, por agotamiento de recursos e imposibilidad de socorros, hubieron ambos de capitular, lo que hicieron casi al mismo tiempo.

Los jefes que mandaban en Chiloé y en el Callao eran, respectivamente, el brigadier Quintanilla y el brigadier José Ramón Rodil. El mérito de uno y otro debiera haber quedado igualmente reconocido, pero no fue así. Por circunstancias diversas, no siendo ajenos los motivos políticos, recibió Rodil múltiples honores y distinciones, inclusive la de ser debidamente mencionado en las historias; mientras Quintanilla y la hazaña de Chiloé, de más quilates humanos, cayeron prácticamente en el olvido.

(1) El presente artículo es condensación de un estudio más amplio que, con el mismo título, aparecerá en la Editorial Andrés Bello de Santiago de Chile. No creo necesario reproducir aquí todas las referencias bibliográficas de dicho estudio, con lo que las notas se reducen a un mínimo.

En las páginas siguientes se intenta evocar la figura de Antonio de Quintanilla, dándole como marco sobre todo la gesta de Chiloé, a la que él contribuyó con sus elevadas prendas morales y con su considerable capacidad de soldado y de gobernante. Las acciones principales de la vida de Quintanilla estuvieron dirigidas, según se lo imponía su deber como oficial del rey, contra la emancipación de Chile; con todo, en Chile siempre se ha hecho justicia a su memoria, tanto en las historias generales tocantes a esa época como en las publicaciones especiales que le han sido dedicadas.

Provenía Quintanilla de un linaje de la montaña de Santander. Nació en el pueblo de Pámanes el 14 de noviembre de 1787, siendo hijo —como él dice (2)— de *padres nobles y honrados*, que lo eran don Francisco de Quintanilla y Herrera y doña Teresa de Santiago. La familia se tenía por hidalga; pero no debía de estar muy sobrada de bienes materiales, dado caso que uno de sus miembros había marchado a buscar mejor fortuna en el Reino de Chile. Esa aventura del pariente resultó de importancia decisiva para el niño Antonio, pues le modificó por completo la perspectiva de su vida, que en un principio no se mostraba muy amplia.

Con respecto a sus primeros años, lo mejor será reproducir lo que él mismo narra, lo cual no es mucho pero sí preciso e instructivo. Débese advertir de antemano que este hombre, de aptitudes muy encomiables, nunca aprendió a escribir con corrección; por lo que no hay que asustarse si sus frases, alguna vez, son algo desaliñadas. Dice, pues: *«Yo fui destinado por mis padres, después de las primeras letras, al estudio de latinidad, siendo el pensamiento de ellos que algún día fuera eclesiástico, pero, no llamándome la vocación a este estado, mi aplicación al latín me era repugnante y adelantaba muy poco, sin embargo ya traducía regularmente los autores que se enseñaban en el Estudio de Solares. En el año 1802, y que aún no había cumplido catorce años, determinaron mis padres, vista mi poca aplicación al estudio, remitirme a América en compañía de un tío mío que habiendo venido de Chile regresaba al mismo Reino. Mi contento por esta determinación fue grande y como el objeto era dedicarme al comercio, hube de aprender aritmética, que en un solo mes adelanté tanto, que el maestro que me la enseñaba no sabía más; por aquí infiero que yo era de una regular comprensión, que con gusto se me señalaba la carrera de mi vo-*

(2) Las palabras que en estas páginas se citan de Quintanilla están tomadas, mientras otra cosa no se diga, de su pequeña autobiografía, escrita en 1854. La autobiografía fue transcrita en 1952 por el señor don Carlos Besa Lyon, a la sazón tercer secretario de la Embajada de Chile en Madrid, y se publicó al año siguiente en los *Anales* de la Universidad de Chile, y también en tirada aparte.

*cación. Salí con mi tío en la fragata Esperanza, de Santander para Montevideo, el 29 de junio de 1802. El viaje, además de largo pues duró cuatro meses, fue penoso y hubimos, por falta de víveres, tener que arribar a Pernambuco, en la costa del Brasil. Llegado que hubimos a Montevideo y después a Buenos Aires, pasamos a Chile atravesando las trescientas leguas de pampa que median hasta Mendoza y las noventa desde este punto hasta Chile, atravesando la Cordillera de los Andes. En Santiago de Chile fui colocado de dependiente en una casa de comercio. Allí trabajé como un año y mi aplicación y honradez merecieron el aprecio no sólo de mi principal sino también de otros comerciantes...».*

En pocos años adquirió Quintanilla, gracias a su laboriosidad e integridad, una situación que podía considerarse muy satisfactoria. Estaba establecido en el comercio de la Concepción de Chile, y también piloteaba un buque propio para traficar entre esa plaza y la de Lima. Habría llegado a ser, con seguridad, hombre de fortuna si hubiera podido seguir por esa vía; pero los acontecimientos públicos torcieron también su propio destino. En 1810 se iniciaron los movimientos de emancipación americana —el de Chile el día 18 de septiembre—. No dudó Quintanilla en cuanto al partido que en esa coyuntura le correspondía tomar, el de defender la soberanía real por los medios que se hallaban a su alcance; si bien, por el momento, nada más lejos de sus pensamientos que el ingreso en la carrera militar.

El virrey del Perú don José de Abascal, que sin contar con ayuda de la metrópoli se esforzaba por atajar la insurrección en todo el continente, decidió a finales de 1812 intervenir también en Chile. Para esta misión designó a un antiguo oficial de marina presente en Lima, el brigadier Antonio Pareja, que se había distinguido mandando el navío *Argonauta* en el combate de Trafalgar. Como Abascal apenas disponía de tropas no pudo proporcionar a Pareja sino 50 oficiales y soldados, junto con algún dinero y suministros, pero esos medios debían servir para constituir un cuerpo de operaciones, encuadrando las guarniciones del sur de Chile. Efectivamente, Pareja tomó posesión sin mucha dificultad de Chiloé, Valdivia y Concepción, y en marzo de 1813 se encontraba al frente de una fuerza algo híbrida de 5.000 ó 6.000 hombres, compuesta de soldados veteranos, milicianos y voluntarios. En esta fuerza, descontado Pareja, que falleció al poco tiempo, el número de españoles peninsulares era sumamente reducido, pues no pasaban de cinco. Uno de ellos era Quintanilla.

Si tomó las armas, fue menos por voluntad propia que por una invitación personal que le hizo Pareja para que le sirviese de ayudante. Sin embargo, una vez dado el paso, sirvió con celo y hasta con entusiasmo, y antes de mucho empezó a desplegar unas insospechadas cualidades militares. Es verdad que sus tareas de ayudante del brigadier Pareja le resultaban bastante pesadas, por la inexperiencia de su jefe, pero pronto se libró de ellas, pues consiguió que se le destinara a la caballería. La formación de que carecía, la fue recibiendo de forma práctica, en los diversos combates que se libraron durante ese año 13; y en uno de ellos, el de San Carlos, que tuvo lugar el 15 de mayo, quedó también herido por un casco de granada que le dio en el cuello por debajo de la oreja izquierda. Esa herida, *«si bien no era de peligro, me inutilizó toda la parte de la cara, es decir, el oído izquierdo por el cual no oigo, el ojo izquierdo, que no lo cierro desde entonces, y la boca torcida sobre el lado derecho. Sea esto, o una operación que ejecutó el cirujano para sacar las materias que se formaban al cerrar la herida, lo cierto es que yo he quedado como llevo dicho, lo que en verdad no me molesta ni siento otra novedad que el aparecer a la vista pública con una imperfección en la boca que me afea, pero que me honra para los que saben de lo que proviene»*. Con Cervantes, otro ilustre soldado que volvió menoscabado de la guerra, hubiera podido decir Quintanilla: *«Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, a lo menos, en la estimación de los que saben dónde se cobraron»*.

No vale la pena entrar en el detalle de aquellos combates, o más bien escaramuzas, entre dos ejércitos que estaban más o menos a la misma altura en cuanto a número, composición, armamento y capacidad estratégica de los jefes. Avanzando con rapidez, llegamos al momento decisivo, el sitio y toma de la ciudad de *Rancagua* por el ejército realista (1 y 2 de octubre de 1814). A Quintanilla, que había avanzado con igual rapidez y ya ostentaba el grado de teniente coronel, le correspondió, al mando de una partida de caballería, mantenerse en observación de una división del enemigo. Enseguida recibió orden de adelantarse sobre Santiago, y él, sin aguardar más instrucciones, no paró hasta entrar en la ciudad con sus fuerzas. Así terminó la primera fase de la guerra de independencia de Chile, pues los partidarios de la emancipación huyeron al otro lado de los Andes, y el país se sometió sin mayores dificultades a las autoridades reales. Por su participación en las últimas operaciones, recibió Quintanilla el ascenso a coronel.

Dos años y medio duró esta restauración monárquica en Chile. La guerra se renovó en 1817, cuando el país fue invadido por un

ejército mixto de chilenos y argentinos, que mandaba el general San Martín. El capitán general de Chile, Francisco Marco del Pont, cometió la torpeza, entre otras, de diseminar sus escasas tropas, de modo que sólo pudo reunir una fracción de ellas para hacer frente al enemigo. Quintanilla, al frente de su Escuadrón de Carabineros de Abascal, formaba parte de esta división. La batalla, que se dio en *Chacabuco* el 17 de febrero del año señalado, terminó con la derrota de las fuerzas realistas, muriendo muchos de los oficiales y dispersándose los soldados. Quintanilla logró salvar gran parte de sus jinetes, pero éstos se dispersaron también en el caos que siguió a la batalla cuando Marco del Pont se dio a la fuga sin adoptar medida alguna para restablecer la situación. Cierta número de militares y civiles, entre ellos Quintanilla, lograron llegar a Valparaíso y embarcarse en las naves surtas en ese puerto. Como todo parecía perdido en Chile, los fugitivos se dirigieron al Perú.

El virrey, don Joaquín de la Pezuela, quedó muy contrariado por este desastre, pues no se le ocultaba que ello hacía peligrar, a no muy largo plazo, la seguridad del propio virreinato. Se limitó, por eso, a sostener los lugares de Chile en que aún hacían resistencia los realistas. Eran éstos la plaza de *Talcahuano*, la de *Valdivia* y el *Archipiélago de Chiloé*. Reorganizó Pezuela a los soldados venidos de Chile, les hizo distribuir armas, y los despachó a reforzar la guarnición de *Talcahuano*. Quintanilla, por su parte, cuenta que el virrey lo hizo llamar, lo recibió con mucha afabilidad, pues conocía sus servicios, y le ofreció el cargo de gobernador de Chiloé. Aceptó Quintanilla, y el 20 de marzo de 1817 quedó nombrado para este destino, al cual se trasladó sin pérdida de tiempo.

## II

El Archipiélago de Chiloé es una de las regiones más peculiares de Chile. Lo vio por primera vez, en 1558, el poeta don Alonso de Ercilla y consignó el recuerdo en una estrofa de su poema épico: «*Aquí llegó, donde otro no ha llegado...*» («*La Araucana*» canto XXXVI). Martín Ruiz de Gamboa, que en 1566 inició la colonización, dio a la provincia el nombre de Nueva Galicia, que no prevaleció aunque era muy apropiado, pues el paisaje de dulce verdor, la presencia continua del mar y el clima frío y muy húmedo evocan realmente la fisonomía de las rías gallegas. Chiloé se considera tierra de origen de la papa, que en España llaman patata, y sus mares abundan de peces y mariscos, que desde tiempo inmemorial constituían la base de la alimentación de los indígenas. Estos, a

diferencia de los feroces araucanos de más al norte, eran de carácter dulce y apacible, y se sometieron sin dificultad. Sin embargo, la colonización se mantuvo mucho tiempo a un nivel muy modesto. La única ciudad fue durante dos siglos la de Santiago de Castro, hasta que en 1768 se fundó la de San Carlos (cuyo nombre se cambió en 1834 por el de Ancud). El escaso comercio se hacía más bien con el Perú, adonde se enviaba cierta cantidad de madera, pescado seco, jamones y tocino para pagar los artículos de consumo que se traían de ahí. En realidad, el archipiélago estuvo desde finales del siglo XVIII bajo la dependencia directa del virrey del Perú, pues su importancia estratégica era grande como primer lugar de recalada después de la difícil navegación desde el Océano Atlántico al Pacífico. En Chiloé había una pequeña guarnición, y en San Carlos se construyeron algunas fortificaciones. De las Cajas Reales del Perú se recibía anualmente un *situado*, o auxilio pecuniario, para ayudar a sufragar los gastos militares y civiles del Archipiélago.

Las circunstancias geográficas y económicas de este territorio determinaron que su evolución se efectuara de forma bastante desconectada del Reino de Chile. El alejamiento, el medio severo y pobre, el entrecruzamiento de las relaciones de familia, contribuyeron a crear en la población de Chiloé —que a principios del siglo XIX era de unos 40.000 individuos, llamados chilotes— un espíritu colectivo propio, que no vibraba en absoluto con el de la capital del reino. En 1810, la clase aristocrática de Santiago tomó el poder en sus manos, como ocurrió en casi toda América, en un comienzo so pretexto de resguardar los derechos del rey cautivo, y así echó a andar la revolución de la independencia. Este movimiento se impuso en todos los lugares adonde llegaba la influencia de esa clase dirigente, pero en escaso grado en el sur del país, y en Chiloé menos que en ninguna parte. Al contrario, Chiloé secundó desde el primer momento los esfuerzos del virrey por restablecer la autoridad real. En 1813, fue ahí donde el brigadier Pareja formó sus primeras tropas, y desde entonces, en una medida que ha de calificarse de colosal, vista la pequeñez de la población y los recursos, Chiloé siguió proporcionando soldados a los ejércitos realistas. Esos soldados combatieron no sólo en Chile sino también en el Alto Perú, y fueron muy pocos los que volvieron a ver sus hogares isleños.

En 1817, al llegar Quintanilla a Chiloé, la situación era por demás precaria. Después de la contribución a las campañas anteriores, no quedaban en la isla ni soldados ni armamento fuera de algunas

compañías de milicias y unos pocos fusiles viejos. Se veían sí, muchas viudas y huérfanos de los hombres que habían caído, muy lejos de ahí, luchando por el rey. Las Cajas Reales estaban vacías. Buen indicio del estado de cosas era que el gobernador anterior había empezado a construir una goleta, para fugarse si fuese atacado. «Yo», dice Quintanilla, *«la hice quemar protestando que moriría con ellos antes de abandonarlos. Este principio de mi gobierno mereció el aprecio que hicieron de mí los habitantes»*.

Venía Quintanilla sumamente pobre a asumir sus funciones, pues lo había perdido todo al salir de Chile después de Chacabuco. Para equiparse de nuevo hubo de endeudarse con un comerciante de Lima, y en Chiloé comprobó que no había dinero ni para pagarle sus sueldos. De todos modos, se puso inmediatamente a la tarea de organizar la defensa de su provincia. Contó con la colaboración de algunos militares de cierta experiencia, como José Rodríguez Ballesteros y Saturnino García, españoles, y José Hurtado, chilote. Algunos jóvenes que ya tenían un somero conocimiento de la guerra sirvieron de oficiales, y los soldados se sacaron por sorteo de los cuerpos de milicias. Así pudieron formarse un batallón de infantería y una compañía de artilleros. Al mismo tiempo se construyeron algunas lanchas cañoneras con miras a la defensa marítima. Todo esto se hacía dentro de la economía más estricta, pues los recursos se limitaban a los pequeños ingresos de aduanas, las sumas de dinero que ocasionalmente enviaba el virrey y los productos naturales de la región. Con estos medios sostuvo Quintanilla su fuerza militar y también la administración pública, pues todo estaba bajo su responsabilidad. Es posible que su experiencia de comerciante le sirviera entonces para ajustar sus difíciles cuentas.

A costa de muchos desvelos suyos, y con la cooperación abnegada de los pobladores de Chiloé, consiguió Quintanilla ponerse en una mediana posición defensiva. En cambio, mientras él consolidaba su propia situación interna, iban desmoronándose unos tras otros los apoyos externos, dejándolo en un aislamiento cada vez mayor. Los puntos en que aún hacían resistencia los realistas en Chile fueron cayendo en manos del enemigo; y una expedición venida por mar desde España, la única que se envió hacia Chile, se desbarató en parte por el camino, y en parte fue capturada al arribar. El virrey del Perú perdió el dominio del mar frente a las fuerzas navales chilenas, con lo que éstas podían amagar cualquier punto, no sólo de las costas peruanas, sino también de las de Chiloé.

Esta amenaza se convirtió en realidad para Quintanilla a comienzos de 1820. El 17 de febrero se presentaron ante el puerto de San Carlos dos buques de guerra chilenos con tropas de desembarco. La defensa principal del puerto era el castillo de *San Miguel de Agüi*, situado al otro lado de la bahía, frente a la ciudad. Era fuerte este castillo no tanto por sus murallas como por su ubicación sobre un promontorio avanzado en forma de península. Tenía a su espalda un espeso bosque, y el único acceso era un empinado sendero que subía desde una estrecha playa. Ahí había una guarnición de 300 hombres al mando del capitán chilote Antonio Manuel Garay, a quien reforzó Quintanilla, apenas supo el peligro, con dos compañías del batallón que regía el comandante Saturnino García. Al día siguiente desembarcaron las tropas enemigas y lograron apoderarse de dos baterías provisionales; pero cuando iniciaron la subida hacia el castillo fueron recibidas con un intenso fuego de fusilería, de modo que al cabo hubieron de retroceder y reembarcarse, con pérdida de unos cuarenta hombres, más otros que cayeron prisioneros antes de llegar a las lanchas. Los buques adversarios se alejaron hacia el norte, mientras los soldados de Chiloé quedaban muy ufanos por el éxito alcanzado.

También Quintanilla podía estar satisfecho del resultado de esta primera prueba de sus armas. No obstante, la situación seguía siendo muy difícil para él. Con la pérdida de los territorios continentales chilenos más próximos se interrumpía un importante suministro de alimentos, sobre todo de carne; y Chiloé quedaba reducido a sus escasos recursos propios. Por un momento hubo de sentirse Quintanilla muy deprimido, puesto que, junto con pedir auxilios al virrey, solicitó que se le relevara del mando; pero Pezuela estuvo lejos de acceder a ello, pues tenía muy buen concepto de él, como lo expresa en su *Memoria de gobierno*: «El gobernador dice que estaba preparado para recibir a los enemigos, que decían sus espías trataban de repetir por mar y tierra el ataque, y pide pronto socorros; añadiendo que se halla tan enfermo que no puede continuar en el mando, solicitando que se le envíe su relevo; pero no conviniendo porque es valiente, honrado, lleno de heridas, y apreciado de aquellos habitantes, le instaré a su continuación...»

Pasó aquella enfermedad o depresión de ánimo, y Quintanilla perseveró en su difícil cometido. Sin embargo, la situación se tornó angustiosa para él cuando el Virreinato del Perú, donde estaba puesta toda su esperanza de socorro, fue sacudido también por graves acontecimientos. En septiembre de 1820 fue invadido el Perú por un ejército venido de Chile, mientras la escuadra chilena



bloqueaba el litoral. Peor aún, en enero de 1821 ocurrió el bochornoso episodio que fue el *motín de Aznapuquio*, repercusión directa de la revolución española de 1820. Unos cuantos oficiales españoles, de tendencia liberal masónica, depusieron al virrey Pezuela, que no era de su cuerda, y proclamaron en su lugar al general La Serna. Tal insubordinación en presencia del enemigo no mejoró en nada la situación, pues La Serna se vio obligado, en julio de 1821, a abandonar la ciudad de Lima y el litoral, retirándose a las inaccesibles alturas del Cuzco. De esta manera, las comunicaciones entre Quintanilla y su superior jerárquico, y las posibilidades de recibir alguna ayuda, se hicieron casi nulas.

Se hallaba reducido Chiloé, para poder sobrevivir, a una especie de autarquía, esto es, a la utilización del producto de su limitada agricultura y de la pesca. Por otra parte, a fin de reducir los gastos, aprovechaba Quintanilla la estación invernal, cuando no era de temer un ataque, para enviar a muchos soldados a sus casas con licencias temporales. El único aspecto ventajoso era que, estando concentrada la guerra en el Perú, no podía el gobierno chileno abrir campaña al mismo tiempo contra Chiloé. No hacía más que mantener un buque de guerra en observación del archipiélago, y eso con intermitencias, dada la frecuencia del mal tiempo en esas latitudes. Ensayó también la vía de las propuestas de capitulación, haciendo ver a Quintanilla que su resistencia había de resultar infructuosa; pero éste, lleno de fe en su causa y no desesperando de recibir socorros, se negó a todo arreglo y siguió ejercitando sus tropas para luchar hasta el último extremo.

En un momento de su guerra particular, contó Quintanilla hasta con un poder marítimo, que se constituyó de la manera siguiente. Andaba entonces por América un aventurero italiano de nombre Mateo Maineri, que había servido y abandonado a los dos bandos en lucha. Hallándose en Guayaquil en 1823, obtuvo el empleo de contramaestre de una goleta llamada *Las dos hermanas*, de propiedad de un español partidario de la independencia. Al salir a la mar, sublevó Maineri a la tripulación, se apoderó de la goleta y fue a ofrecerse a la autoridad real en Chiloé. Quintanilla, muy gustoso de contar con este refuerzo, le proporcionó a Maineri un par de cañones y le concedió patente de corso. Al mismo tiempo arribó a Chiloé un bergantín inglés procedente de Río de Janeiro, el *Puig*, a bordo del cual venían algunos prisioneros realistas fugados. El capitán del *Puig* aceptó, aismismo, la patente de corso.

Maineri llamó a su buque *General Quintanilla*; el otro se denominó *General Valdés*; y ambos iniciaron sus actividades en sep-

tiembre de 1823. La carrera del *General Valdés* no fue larga, pues, a poco de capturar dos buques mercantes, que llegaron sin novedad a Chiloé, uno de ellos con un cargamento de armas, se perdió en el mar con sus tripulantes y varios prisioneros. El *General Quintanilla* navegó más largo tiempo, apresó varias naves, combatió con una goleta de guerra chilena, y alcanzó a crear alarma en la costa del Pacífico. Sin embargo, Maineri abusó de la patente de corso al apoderarse de varios barcos neutrales, por lo que se puso fuera de la ley. El 15 de mayo de 1824 fue apresado el *General Quintanilla* por una corbeta de guerra francesa, y Maineri fue remitido a Francia como prisionero.

### III

El año de 1824, señalado en la historia americana, fue también uno de los más memorables de la vida de Quintanilla. Entonces fue cuando el gobierno de Chile hizo un esfuerzo importante por sujetar el Archipiélago de Chiloé a su jurisdicción, lo que constituyó el primer suceso del año. Se pensaba atacar a finales del verano, cuando Quintanilla, por motivos de economía, como se ha dicho, devolvía a sus hogares a gran parte de sus hombres; pero el gobernador de Chiloé tuvo noticias de la proyectada invasión, y tomó medidas para oponer una eficaz resistencia.

En realidad, la campaña se inició con demasiado atraso, pues los buques chilenos, que llevaban un cuerpo de 2.000 soldados, se presentaron en aguas de Chiloé el 25 de marzo de 1824, en días que ya son comienzos del invierno en esas latitudes. El general chileno Ramón Freire obró también con poco acierto, pues desembarcó cerca de San Carlos con una parte de su fuerza, y envió el resto a atacar la isla por el costado oriental. Quintanilla que vio esto se consideró salvado, por lo que se negó a entrar en las negociaciones que le ofreció un parlamentario. En efecto, Freire no había contado con la difícil geografía de la isla ni con los peligros de esos mares, que ya el 29 de marzo ocasionaron la pérdida de una corbeta de guerra. Las tropas que desembarcaron en la costa oriental trataron de cortar el camino de Castro a San Carlos, que era el principal de la isla, pero tropezaron con fuerte resistencia en un lugar llamado *Mocopulli*, donde los bosques y pantanos dificultaban la acción. El combate, que se libró el 1.º de abril, terminó con la retirada de los invasores, que perdieron unos 300 hombres. Los chilotes tuvieron bajas mucho menores, tal vez la mitad de ese número, y aunque no pudieron perseguir al enemigo, quedaron en posesión de su

suelo. Freire, viéndose en situación desventajosa, reembarcó sus fuerzas y se alejó de Chiloé.

Uno de los factores que influían en ese momento sobre los cálculos de ambos bandos era la próxima llegada de una división naval enviada de España al Pacífico. La división arribó, efectivamente, a Chiloé el 28 de abril de 1824, menos de dos semanas después de retirarse la expedición de Freire. Estaba compuesta de dos unidades, el navío *Asia* y el bergantín *Aquiles* y la mandaba el capitán de navío Roque Guruceta. La aparición de estos barcos colmó de alegría a los leales defensores de Chiloé, porque era un signo de que no estaban abandonados, si bien socorro no recibieron ninguno, fuera de algunos fusiles. Por el contrario, Quintanilla hubo de arrebatar en el fondo de sus escuálidas arcas para suministrar pagas y provisiones a los agotados tripulantes, así como hacer reparaciones diversas a los buques. Según la razón de gastos que envió Quintanilla al virrey con fecha 24 de agosto de 1824, ascendieron esos desembolsos a la suma, agobiadora para la Caja Real de Chiloé, de 17.569 pesos y dos y medio reales. Para formarse una idea de la equivalencia, téngase presente que ahí se incluía la cantidad de veinte pesos como valor de una vaca, que se comieron los tripulantes del *Asia*. Puesto que el virreinato se extinguió poco después, es muy probable que ese dinero, que tantos sacrificios le había costado a Quintanilla, no se reintegró nunca en la Caja Real de Chiloé.

En realidad, lo único que traía Guruceta para Quintanilla era una Real orden de fecha 19 de diciembre de 1823, curioso documento que muestra el desconocimiento, y aun indiferencia, que existía en las altas esferas de Madrid con respecto a los sucesos de América, que le estaban costando a España su Imperio. El documento surgía no tanto de algún interés por hechos tan trascendentales, como del deseo de hacer sentir en Ultramar los efectos de la restauración de Fernando VII en el poder absoluto. «*Restituido el Rey N.S. a la plenitud de sus derechos soberanos de que le había despojado una facción revolucionaria*», se encargaba a Quintanilla «*que restablezca en todo el distrito de ese Gobierno el orden que existía antes del desgraciado día 7 de enero de 1820, procediendo si las circunstancias lo exigieren con el tino, prudencia y cordura que requiera su estado, en el concepto de que todo debe volver al ser y estado que tenía en aquella época*». Todo esto era bastante superfluo, dado que los chilotes, constantes en su lealtad al rey, no se habían ocupado ni poco ni mucho de las vicisitudes políticas españolas; pero eso en Madrid no se sabía.

Con respecto a la situación misma de Quintanilla, se decía en el documento que el rey estaba enterado «*de que V.S. había servido con fidelidad y que nada ha omitido para mantener en la debida obediencia a todos sus subordinados*», por lo cual mandaba manifestarle «*su Real satisfacción y aprecio a sus distinguidos servicios, siendo una prueba el haberle promovido a Brigadier de Infantería*». A falta de socorros materiales, el reconocimiento y el ascenso eran, a lo menos, una ayuda moral para Quintanilla, visto, sobre todo, que venían a confirmarle algo que ya había recibido. En efecto, el virrey La Serna, que tenía idea muy clara de los señalados servicios del gobernador de Chiloé, le había otorgado el mismo ascenso con fecha de 4 de marzo de 1823. Ya se verá lo que pasó con esta promoción doblemente concedida.

Guruceta no venía con ánimo ofensivo, y de hecho se quedó en el puerto de San Carlos con su división naval casi todo el invierno. Un resultado positivo de su larga presencia puede haber sido —y esto es mera conjetura mía— el haber dado a Quintanilla cierta tranquilidad de espíritu, al verse bajo el amparo de una fuerza capaz de desalentar cualquier conato de ataque contra Chiloé. Además, la estancia de los oficiales navales españoles dio ocasión a una serie de fiestas, en que el tenso estado de ánimo de los defensores del Archipiélago cedió, siquiera por el momento, a un ambiente de galantería y romanticismo. El mismo gobernador no fue inmune a este ambiente, pues entonces mostró que sus sentimientos de hombre no habían quedado aplastados bajo el cúmulo de ansiedades que fue su largo gobierno de Chiloé. En efecto, en este año de 1824 contrajo matrimonio.

Junto con enviar al rey por conducto del virrey del Perú los documentos que exigía la legislación militar, pidió al mismo virrey que, en uso de sus facultades, le concediera la licencia interina. Se la otorgó La Serna el 8 de septiembre de 1824; en cuya virtud se unieron en matrimonio Quintanilla, de edad entonces de treinta y siete años, y Antonia Alvarez Garay, de diecisiete años, perteneciente a una antigua y honrada familia de Chiloé. Eran sus padres don Francisco Alvarez y Cárcamo Andrade, capitán con Real despacho de las milicias regladas, y doña Bartola Garay Pérez de Vargas y Andrade, vecinos de la ciudad de Castro. No consta la fecha exacta de este desposorio, por haberse perdido en un incendio el libro parroquial; pero puede situarse en los últimos meses de 1824, dejando margen a un lado para que llegase a Chiloé la licencia del virrey, y al otro para el nacimiento del hijo. La boda se celebró «con el mayor regocijo», como rememoraba años después en España el

coronel Saturnino García. Fruto de esta unión fue Antonio Francisco Eusebio, que nació en San Carlos de Chiloé el 13 de septiembre de 1825.

Quintanilla no olvidaba la seriedad del momento que vivían, por lo cual hizo a Guruceta varias propuestas de acción ofensiva con sus barcos, pero no logró moverlo. Esta inacción contribuyó al empeoramiento de la causa real en el Perú, donde a la guerra con los partidarios de la independencia se había añadido la pugna entre españoles liberales y españoles absolutistas, que terminó en una guerra civil a espaldas de la guerra principal: la rebelión de Olañeta (3). Cuando zarpó finalmente Guruceta para el Callao, el 15 de agosto de 1824, era ya demasiado tarde para que sus fuerzas navales sirvieran de algo, pues iban encadenándose los hechos que culminaron en la batalla de *Ayacucho* y la extinción del poder virreinal. Como dos islotes en medio de una inundación subsistieron, en la costa del Perú la plaza del Callao bajo el mando de Rodil, y en el sur los fieles chilotes agrupados en torno a Quintanilla.

Justo al iniciarse el año 1825, empezó a cundir el rumor del desastre de *Ayacucho*. El 5 de febrero arribaron a Chiloé dos buques en que venían cierto número de los derrotados y capitulados del Perú, los que podían dar mayores noticias de lo ocurrido: el ejército realista ya no existía; el virrey y muchos oficiales habían partido hacia Europa; las naves de Guruceta se habían marchado también. «*Inmediatamente*», dice Quintanilla, «*reuní a la oficialidad y jefes haciéndoles entender que convenía a nuestro honor el comportarnos tan firmes y fieles como hasta entonces, y que podríamos recibir auxilios de nuestro Superior Gobierno tan luego como llegase a su noticia nuestra constancia. Mandé dar media paga a toda la guarnición para que desechasen ideas tristes, y efectivamente, todos me protestaron constancia y fidelidad*».

En realidad, aún podía el gobernador contar con la adhesión de los soldados y habitantes de Chiloé, pero la larga serie de adversidades había empezado a crear desaliento. Además, los prisioneros enemigos, dispersos entre la población, habían contribuido a debilitar la seguridad de los espíritus. Esto se pudo advertir bajo el impacto de la noticia de *Ayacucho*, que se tradujo inmediatamente en un motín, seguido al punto por una reacción contraria. Dos ca-

---

(3) Sobre la rebelión de Olañeta y sus consecuencias puede verse la síntesis que hago de esos sucesos en mi libro *Chacabuco y Vergara. Sino y camino del Teniente General Rafael Maroto Ysern*. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile, 1981, caps. 17 a 21.

pitanes; Fermín Pérez y Manuel Velázquez, sublevaron un batallón y en la noche del 7 de febrero pusieron presos a Quintanilla y a otros funcionarios y oficiales. Pero el motín fue muy reprobado por la opinión y se deshizo por sí solo. Viéndose aislados, pidieron los cabecillas la reunión de una junta de notables que se encargara del mando; y la junta resolvió por unanimidad que debía reponerse en su cargo a Quintanilla, por ser quien mejor encarnaba el sentir general. Por prudencia política y por la moderación propia de su carácter, no impuso Quintanilla a Pérez y Velázquez otro castigo que la expulsión de Chiloé, so pena de fusilamiento si regresaban.

Quedó, pues, la situación restablecida; con todo, debía Quintanilla mirar el futuro con inquietud, ya que advertía un comienzo de erosión del único recurso de que realmente disponía, o sea, la firmeza de los chilotes; pero éstos llevaban ya doce años de luchar en una guerra que les había exigido grandes sacrificios, y a la cual todavía no se le divisaba fin. Por otra parte, tampoco podía hacerse ilusiones sobre la situación continental, pues el Gobierno de Chile cuidó de hacérsela saber en una nota de 31 de enero de 1825, de tono muy conciliador, en que le mostraba la imposibilidad de mayor resistencia. Le invitaba también a *«sellar una sincera y cordial unión y poner término a los desastres de una guerra prolongada. Si V.S. asiente a estas proposiciones y se incorpora con esa provincia a la familia chilena, de la que siempre ha sido parte, quedarán en sus mismos grados y empleos todos los funcionarios civiles y militares, y V. S. en su mismo rango y grado militar, será el Gobernador del Archipiélago, como lo ha sido hasta aquí»*. Quintanilla contestó, el 7 de marzo, también en tono muy moderado, rechazando las propuestas.

#### IV

Se esforzó Quintanilla por encontrar apoyos externos, pero con muy poco fruto. En las alturas de lo que hoy es Bolivia subsistía el régimen fantasma erigido por Olañeta el año anterior, y Quintanilla trató de establecer comunicación con él, pero una balandra que despachó con este objeto fue capturada por el enemigo. Por lo demás, en abril del mismo año pereció Olañeta, y sus quimeras le acompañaron a la tumba. Rodil había escrito a Quintanilla el 8 de enero para invitarle a colaborar. «V.S. y yo», le decía, *«tenemos las llaves del mar Pacífico y una base cada uno que puede servirnos de apoyo para mejorar de suerte y restituir estos dominios*

*a nuestro soberano, cuyos auxilios poderosos nos están prometidos y espero pronto...». Estas palabras no tenían otro valor que el de ser un estímulo para resistir hasta lo último, ya que ni el Callao ni Chiloé estaban en condiciones de ayudarse mutuamente. Por otro lado, envió Quintanilla a un comisionado con pliegos para el consul español en Río de Janeiro, y cierta cantidad de tabaco que, vendido, serviría para adquirir suministros; pero transcurrieron meses sin que el comisionado regresara.*

A mediados del año ya no se ocultaba a Quintanilla que sus circunstancias eran de las más graves, y que se aproximaba el momento en que habían de hacer crisis. Creyó deber ponerlas en conocimiento de la superioridad, y así lo hizo en una nota de 15 de junio de 1825, dirigida al ministro de la Guerra en Madrid. Después de resumir el estado de cosas, le expresaba: *«Hago a V.E. esta exposición tan ingenua como fundada para que ponga a la Alta consideración de S.M. la situación política de esta provincia, asegurando al mismo tiempo que no omitiré cuantas providencias sean posibles a fin de defenderla y conservarla hasta el último extremo».*

Como la situación de Chiloé se iba haciendo muy anómala, y se planteaba el peligro de graves complicaciones internacionales, decidió el Gobierno de Chile darle solución definitiva al asunto. Una vez más procuró obtener la capitulación sin llegar al empleo de las armas, en las condiciones favorables que ya antes se habían ofrecido. Después de consultar a una junta de guerra, respondió Quintanilla el 17 de octubre que el honor le obligaba a conservar todavía cierta esperanza, pero que tenía prometido a los habitantes de Chiloé reunir en el mes de enero siguiente una asamblea de representantes que resolviese sobre lo que más conviniera. En efecto, ya sabía Quintanilla que en el verano siguiente sería atacado, que no era seguro que vinieran auxilios de España y que, aunque vinieran, llegarían demasiado tarde. El 27 de octubre requirió la opinión de una junta de la oficialidad de Castro. La junta se pronunció por la capitulación, añadiendo, sin embargo, que *«la dejan a disposición del Gobierno, siendo ventajosa a la provincia».*

Para esa fecha estaban, pues, Quintanilla y Chiloé convencidos de la imposibilidad de proseguir las hostilidades; pero entonces intervino un factor que, aunque ilusorio, los hizo mudar de ánimo. El comisionado que había ido a Río de Janeiro regresó en noviembre. Traía un poco de paño para uniformes pero también, y sobre todo, unas estimulantes nuevas que había oído contar a algunos españoles en esa capital: que de España partían grandes refuerzos

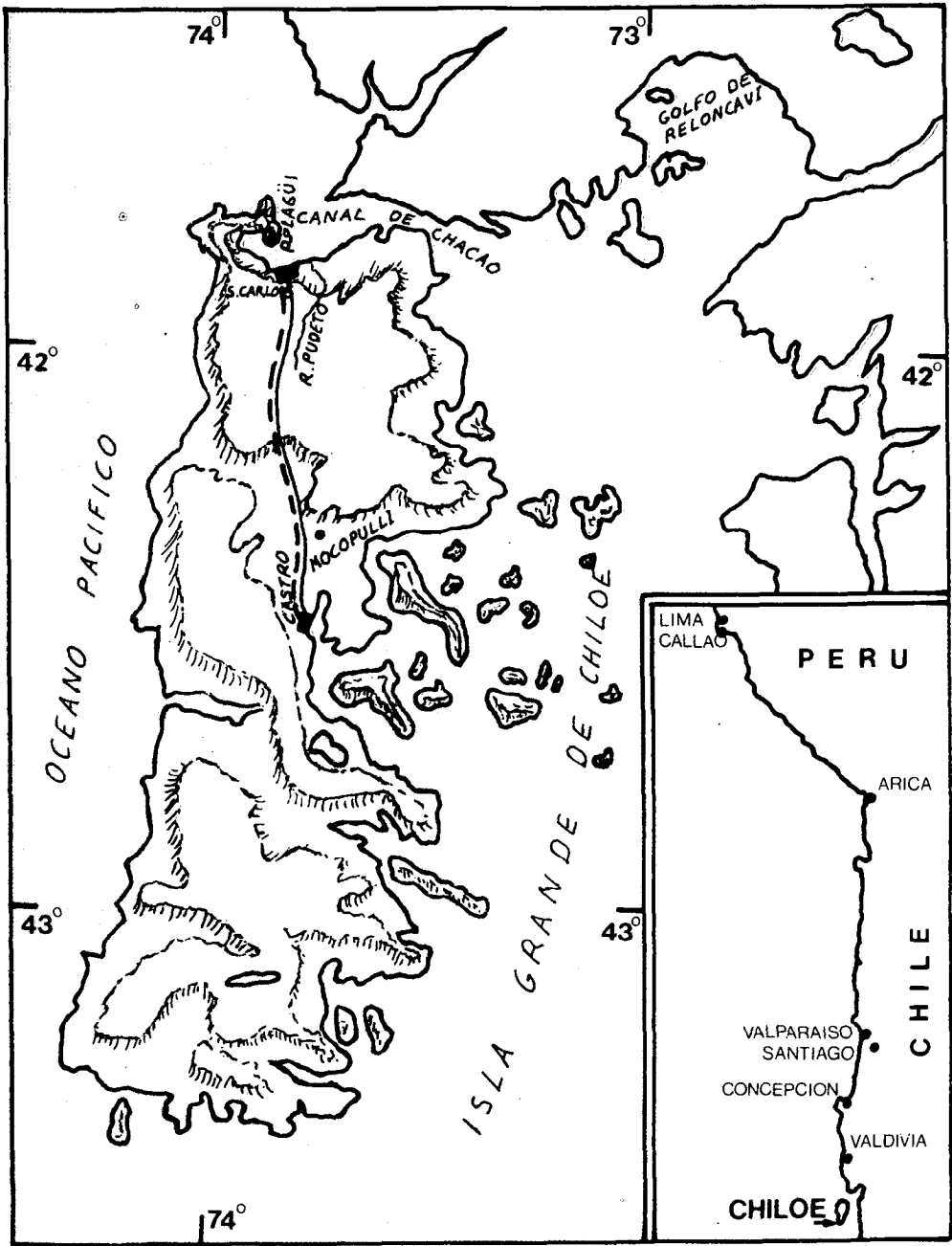
para América, y que ello se efectuaba con la cooperación de las potencias europeas. Tales rumores no eran, por cierto, más que ecos trasnochados de la política de la Santa Alianza, pero a tanta distancia fueron creídos y tenidos por realidades. Volvió a florecer la esperanza en Chiloé, se abandonó el pensamiento de capitular, y se activaron los preparativos para oponer resistencia al ataque que se veía venir.

La nueva expedición contra Chiloé se componía de unos 2.600 hombres, en cinco buques de guerra y cinco de transporte, mandados por el general Ramón Freire. Esta fuerza se concentró en Valdivia a finales de 1825, y el 8 de enero se presentó en la llamada Bahía del Inglés, en la extremidad septentrional de Chiloé. Los defensores sumaban 1.700, tal vez algo más, pero en ningún caso llegaban a 2.000 hombres: número insuficiente para contrarrestar a un enemigo superior y dotado de movilidad marítima, si éste jugaba bien sus cartas.

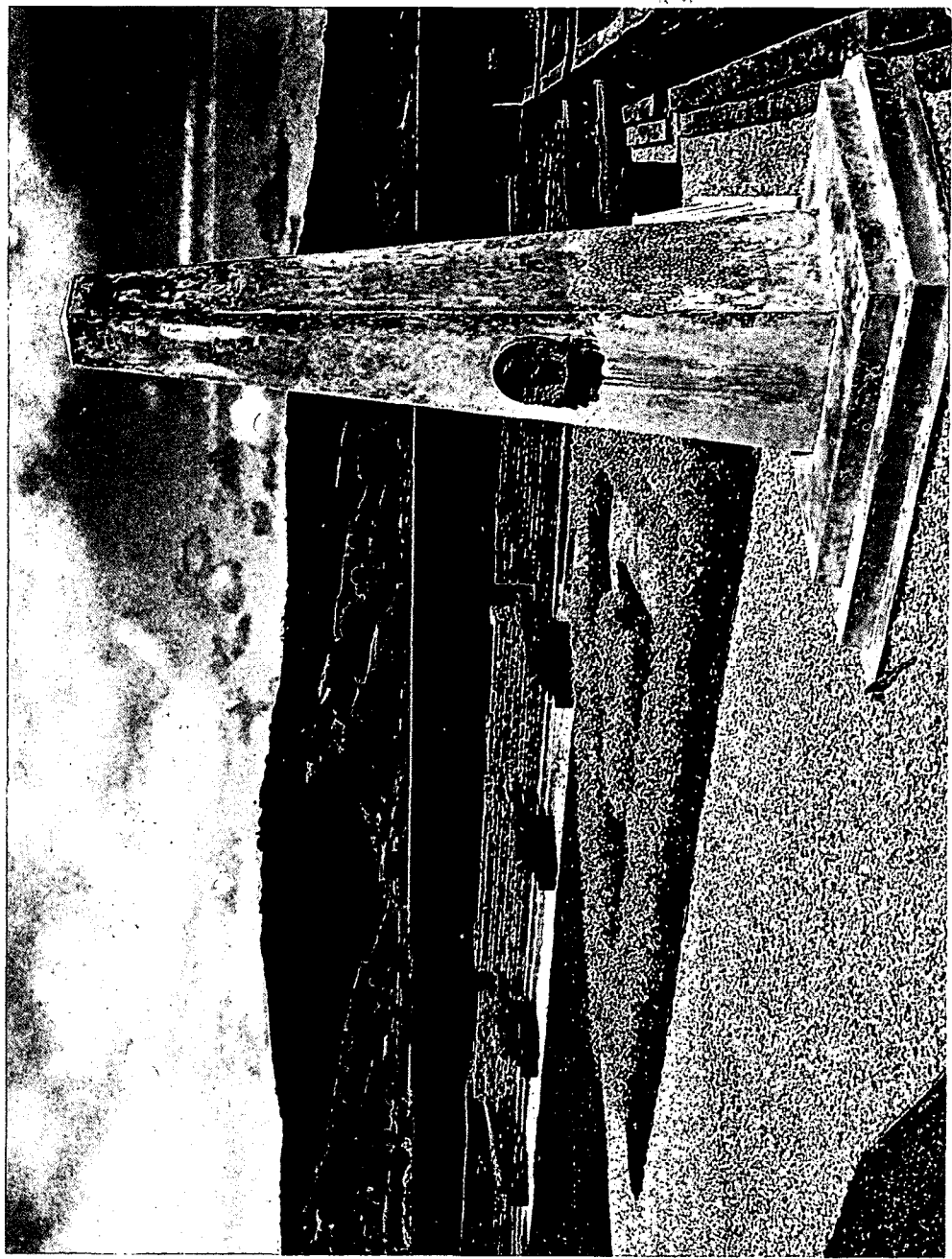
El puerto de San Carlos estaba cerrado al frente por la península de Lacui, en la cual se encontraba el castillo de Agüi, y contaba con varias otras baterías. Los atacantes no trataron de forzar la boca del puerto, sino que desembarcaron en la península por detrás del castillo, y dejaron a éste aislado. Avanzaron en seguida penosamente, por la dificultad del terreno y además llovía sin cesar, hasta caer por sorpresa sobre la batería de Balcadura, situada al fondo de la bahía, frente a la ciudad. Al mismo tiempo, distraída por este ataque la atención de los defensores, los buques de guerra entraron en la bahía sin sufrir más que ligeros daños por el fuego del castillo y las baterías. En este momento, el 11 de enero, ya parecía seguro el resultado, por lo que Freire pidió la capitulación del castillo y de todas las fuerzas defensoras, sin obtenerlo.

El 13 de enero, las tropas de Freire se encontraban reunidas a una legua y media de San Carlos y a punto de iniciar el ataque, si bien éste se presentaba arriesgado, pues la línea realista estaba bien atrincherada, y se apoyaba con su derecha en una batería y con su izquierda en un espeso bosque. Para salvar la situación, esa noche se verificó un asalto sobre las lanchas cañoneras defensoras, capturándose cuatro de éstas, las que al día siguiente sirvieron para abrir fuego sobre la derecha realista. A fin de no exponer ésta a su destrucción, Quintanilla retiró sus tropas a nuevas posiciones situadas más atrás, cerca del río Pudeto. Aquí fueron atacadas de frente y por la derecha, y aunque el resultado no fuese decisivo,





CROQUIS DE LA ISLA DE CHILOE (1826)



«Fuerte de S. Antonio», Ancud. En el medallón del obelisco, Quintanilla

los soldados realistas empezaron a desanimarse. Los condujo Quintanilla en relativo orden a las alturas de Bellavista, pero ya no estaban en condiciones de seguir ofreciendo resistencia y, ante los persistentes ataques del enemigo, perdieron la cohesión. Tales fueron los combates librados ese día 14 de enero de 1826, llamados de Pudeto y Bellavista. Las tropas de Freire perdieron unos 120 hombres, y las de Quintanilla tres o cuatro veces más, incluidos los prisioneros. Al mismo tiempo era ocupada la ciudad de San Carlos, y el castillo de Agüi sin provisiones para sostener un asedio, se rindió al día siguiente.

Quintanilla se encontraba en esos momentos en Tantauco, a seis leguas de San Carlos, sin conservar más que un puñado de soldados. Todos los demás se habían dispersado, cansados de la guerra y convencidos de que no tenía objeto seguir combatiendo. Dirigió entonces Quintanilla un mensaje a Freire en que le decía: «*Deseoso de evitar los males de la guerra a estos provincianos, me hallo dispuesto a celebrar un convenio que, teniendo por base la incorporación de esta provincia al Estado de Chile, proporcione al ejército de mi mando y habitantes de esta provincia a aquellas ventajas a que la hacen acreedora su ejemplar constancia e inmarchitable honor*». Freire, que otra cosa no deseaba que terminar pronto las hostilidades, concedió inmediatamente un armisticio de tres días para que se celebrasen negociaciones. Envió, asimismo, a Quintanilla una carta confidencial en que, recordando la amistad que había existido entre ellos en sus años de juventud en Concepción, le ofrecía sus servicios personales.

Los plenipotenciarios de ambas partes no tardaron en ponerse de acuerdo en los términos de un tratado que respondía a las legítimas aspiraciones de todos: la provincia de Chiloé quedaba incorporada a la República de Chile; los jefes, oficiales y soldados del Ejército real se hallaban en libetrad de disponer de sus personas como quisiesen y de quedarse en el país o abandonarlo, respetándose sus equipajes y demás bienes; se aseguraba a los habitantes el respeto de sus personas y bienes, corriéndose un velo sobre el pasado, de modo que nadie se sintiera inquieto por motivo de sus actividades anteriores; todos los prisioneros hechos por ambos bandos quedarían inmediatamente en libertad. El artículo 13 era el más noble y generoso posible, y el que mejor expresaba el espíritu que inspiraba el convenio: «*Todas las dudas que ocurran sobre la inteligencia del presente Tratado serán interpretadas a favor del Exto. Real*». Conocido con el nombre de *Tratado de Tantauco*, por ser éste el lugar donde se encontraba Quintanilla al fir-

marlo, quedó ratificado el 19 de enero, que pasó a ser la fecha oficial de la capitulación de Chiloé (4).

Siendo los oficiales y soldados casi todos chilotes, la situación era para ellos muy simple, pues quedaban en su suelo natal. De los españoles, que eran muy pocos, algunos se quedaron en Chile y otros prefirieron regresar a España. Entretanto vivía Quintanilla con toda tranquilidad en su casa, rodeado por el respeto e incluso la cordialidad de todos. Comía todos los días a la mesa del Estado Mayor chileno, conversando amablemente sobre episodios de la juventud y sobre incidentes de la guerra. Los oficiales chilenos, insistiendo en los muchos lazos que unían a Quintanilla con Chile, le instaban a permanecer en el país; pero él prefirió el retorno a la patria que no veía desde la infancia. En consecuencia, fue trasladado a Valparaíso con su esposa, su hijo y dos jóvenes hermanos de su esposa que deseaban acompañarles, y obtuvo pasaje en un buque de guerra francés para el retorno a Europa.

Salía Quintanilla de Chile tan pobre como cuando llegó, pues lo que le había dado el comercio se lo había quitado la guerra. Su situación financiera la describe él como sigue: *«En estos pasajes gasté los pocos ahorros de las partes de sueldo que había recibido en los últimos años —que por las "presas" recibía como los demás de aquel punto—, y es una deuda que tengo contra el Erario, así como me debe éste 22 mil pesos de sueldos devengados y no pagados en todos los años que estuve en Chiloé de Gobernador y Comandante General»*. Como estas palabras las escribió Quintanilla en 1854, ello quiere decir que hasta entonces le estaba debiendo el Erario español las cantidades que indica, devengadas antes de 1826.

A manera de síntesis de lo que constituyó el gobierno de Chiloé para Quintanilla, y de apreciación de su personalidad, se pueden leer las palabras de su fiel camarada Rodríguez Ballesteros: *«Es indispensable hacer justicia a Quintanilla en la parte que le cabe, diciendo que no obtuvo de su gobierno ningún beneficio, pues todo él fue una continuación de inquietudes, afanes, compromisos, laboriosas tareas, disgustos y pesares. El acrisoló en los nueve años su constancia, sufriendo innumerables trabajos para sostener el Archipiélago. No es difícil tuviese algunas de aquellas rarezas que generalmente poseen los hombres, pero su carácter genial y su índole eran buenos, y en lo sustancial cumplió y desempeñó honrosa-*

(4) Simultáneamente llegaba a su fin la resistencia de Rodil en El Callao. El 11 de enero de 1826 se izó bandera de parlamento en el castillo del Real Felipe, las negociaciones duraron varios días, y la capitulación se firmó el 22 de enero.

*mente su deber hasta 1826, sosteniendo aquella Provincia con el auxilio de los jefes y gran predisposición de los chilotes, pues de otra suerte le hubiera sido moralmente imposible».*

También es de justicia destacar lo que Rodríguez Ballesteros llama la *gran predisposición de los chilotes*, es decir, la lealtad y abnegación con que defendieron la causa real durante trece años. Una vez más hay que señalar que los españoles peninsulares que intervinieron de principio a fin de aquella guerra fueron muy pocos y que, pese a sus condiciones individuales, nada habrían podido hacer de faltarles ese apoyo, sin gestos ni estridencias, de parte de la población local. La magnitud de ese esfuerzo excede a toda ponderación. Teniendo apenas 40.000 habitantes, Chiloé debe de haber movilizado desde 1813 hasta 1825 no menos de 4.000 hombres, o sea, un 10 por 100 del total, cifra que en aquellos tiempos no alcanzaba en ningún país.

## V

A su retorno a España debe de haberse encontrado Quintanilla en la incómoda situación de ser algo extranjero en su patria. Había salido niño y lleno de ilusiones; regresaba hombre maduro, con la conciencia del deber cumplido, rico en afectos de esposo y de padre, muy escaso de dinero, y con cicatrices en el rostro y en el espíritu. España, que él había dejado detenida en las formas del siglo XVIII, había pasado entretanto por el cataclismo de la guerra napoleónica, había perdido su imperio, y se hallaba agitada por pasiones e ideas inconciliables. Se instaló Quintanilla con su familia en la ciudad de Santander, desde donde podía intentar exploraciones por el terruño de su infancia. Una persona por lo menos encontró que lo unía con el pasado: el cura don José de los Perales que lo había bautizado y que, aunque parezca extraño, aún regía la parroquia de Pámanes. Le pidió Quintanilla una copia de su fe de bautismo, y el cura se la otorgó a 9 de agosto de 1829, firmándola con una letra temblona de octogenario.

Necesitaba Quintanilla este documento —y muchos otros— por los inesperados y enfadosos problemas personales en que se vio envuelto después de su regreso. Uno era el de su grado militar, que él creía ser el de brigadier en virtud de los ascensos que en 1823 le habían concedido, primero el virrey La Serna y después el rey. Mas sucedió que, queriéndose recompensar méritos iguales, el 17 de diciembre de 1825 se decretaron ascensos para Rodil y Quintanilla,

aquél a mariscal de campo, pero éste sólo a brigadier, porque en las altas esferas pensaban que no era más que coronel. Protestó Quintanilla en un memorial de fecha 4 de agosto de 1828 dirigido al rey; pero todo lo que obtuvo fue que se le reconociera el grado de brigadier, pues así figura en su hoja de servicios de 25 de marzo de 1831, si bien con la ambigua anotación de que era brigadier por Real Orden de 4 de marzo de 1823 y por Real Despacho desde el 17 de diciembre de 1825, corriéndole la antigüedad desde la primera de esas fechas, ya que hasta finales de 1830 se le computaban siete años, nueve meses y veintiséis días servidos en dicho grado. De todos modos, por entonces se quedó sin el ascenso a mariscal de campo.

Por otra parte, a su llegada a España comprobó Quintanilla que no estaba debidamente casado, esto es, que para los efectos legales no lo estaba con la autorización real que exigía la Ordenanza. Los documentos que en 1824 había enviado por conducto del virrey La Serna no habían llegado al Ministerio o se habían extraviado; por lo cual debió Quintanilla iniciar gestiones, que le llevaron la mayor parte del año 1829, para obtener que el rey aprobara el matrimonio celebrado con licencia provisional del virrey. No hay lugar aquí para resumir tales gestiones; y basta recordar una instancia de 31 de agosto de 1831 en que decía Quintanilla al rey: *«El exponente hizo de su parte cuanto debía; si por las críticas circunstancias de la guerra no llegaron los documentos a la Secretaría del Ministerio de la Guerra no puede imputársele a culpa alguna. Aunque la Real Munificencia tiene premiados con liberalidad los servicios que el exponente hizo en la guerra de América y en la defensa del Archipiélago de Chiloé; no obstante, aunque con rubor, se atreve a recordarlos aquí para mover el Real Animo a concederle la gracia que aquí impetra»*. Siguiéronse cuatro meses de silencio oficial mientras la máquina administrativa digería esta súplica. Por último, a 21 de diciembre de 1829 se dictó un Real Decreto en que se decía que *«a consulta del Consejo Supremo de Guerra, se ha servido el Rey aprobar la licencia interina que el Virrey del Perú Conde de los Andes ha concedido a Dn. Antonio Quintanilla, Brigadier de Infantería, para casarse con Da. Antonia Alvarez, con opción ésta a los beneficios del Montepío militar»*.

Desde que volvió de Chiloé pasó Quintanilla cinco años en la inactividad más absoluta. En su hoja de servicios de 1831 aparece una nota autógrafa del capitán general de Castilla la Vieja, don José O'Donnell, que dice: *«No le conosco (sic); pero por su edad le supongo en aptitud física de servicio activo»*. Este *«no le conosco»*

resume la actitud con respecto a Quintanilla. Tantos años después de su retorno no se le conocía; es decir, sus largos servicios y su épica resistencia no habían despertado en las esferas superiores ningún deseo de conocerle, de saber qué clase de hombre era, y cómo se podían aprovechar las condiciones militares y administrativas que indudablemente poseía. Por último, con fecha 12 de junio de 1831 se le confió la Subdelegación General de Policía de la Mancha. En esas funciones estaba Quintanilla al fallecer Fernando VII en septiembre de 1833.

Lo que entonces le sucedió se puede contar con sus propias palabras: *«Empezaron las persecuciones, yo en parte fui una de las víctimas... unos tunos de Ciudad Real o Almagro confeccionaron una relación de las personas más distinguidas de la Mancha... se vinieron a la Corte y dijeron al Oficial 1.º del Ministerio de Guerra (por intermedio de un amigo de éste) que se tramaba una gran conspiración en favor de don Carlos y que los conspiradores eran los de la lista. Sin más comprobante, el Oficial Armero puso la orden que firmó el Ministro Cruz para que fuesen todos presos y remitidos a Ceuta... En la lista estaba yo como Subdelegado de Policía... Habiéndoseme presentado un oficial intimidándome la prisión, le dije que como Comandante General lo prendía a él y que interno (sic: ¿en tanto no?) fuese despuesto por el Capitán General no obedecía ninguna orden del Ministro, pues no era conducto aquél. El oficial dudó, procedió a la prisión de los demás, y yo, haciendo un expreso al Capitán General manifestándole lo ocurrido y haciendo dimisión del cargo militar. Me contestó que él nada había sabido, y que ni tenía motivos para dudar de mi fidelidad y que aprobaba mi resistencia».*

No fue, pues, Quintanilla enviado a Ceuta, pero tampoco fue llamado a prestar servicio activo, de modo que los años de la guerra civil los pasó al margen de los acontecimientos. Aunque no había sido en América del grupo de los llamados españoles liberales, al cabo fueron éstos, altamente colocados y acaso no insensibles a las acciones americanas de Quintanilla, los que hicieron algo por él. Alaix, en 1838, lo hizo comandante general de Murcia; al año siguiente, gracias a Jerónimo Valdés, fue comandante general de Tarragona. Entonces tuvo la suerte Quintanilla de que ocupase el Ministerio de la Guerra el teniente general Francisco Narváez, que veinte años antes, siendo capitán, había estado algún tiempo a sus órdenes en Chiloé. Pidió Quintanilla que se revisara su expediente; Narváez ordenó hacerlo, y encontrando justa la solicitud que un antecesor suyo había rechazado, le concedió por fin el as-

censo a mariscal de campo. El Real Despacho tenía la fecha de 23 de diciembre de 1839. Era el último grado que alcanzaría Quintanilla en el Ejército español, y le llegaba a los cincuenta y dos años de su edad. Desde julio de 1846 hasta marzo de 1847 lo desempeñó una vez más como gobernador de Tarragona, y ese fue también su último empleo. Permaneció de cuartel en Madrid indefinidamente, sin más ocupación que la de integrar de vez en cuando algún consejo de guerra.

De los últimos años de Quintanilla apenas se pueden consignar unos pocos hechos de algún interés. En 1841 llegó a Madrid, con objeto de negociar el reconocimiento de la independencia de Chile por España, una misión chilena encabezada por el general José Manuel Borgoño. Este, que era antiguo conocido de Quintanilla, le instó a que redactase sus recuerdos por el valor que tendrían para la historia. Tal fue el origen de los *Apuntes sobre la guerra de Chile*. Al escribirlos, en 1843, expresó Quintanilla: «*La circunstancia de haber militado en Chile, desde el principio de la guerra hasta la batalla de Chacabuco, como oficial del ejército realista, y hallándome en muchas de las acciones de guerra, ya como subalterno, ya como jefe, y la imparcialidad que me propongo al poner estos apuntes que podrán servir para formar la historia, motivan el gusto con que me contraigo a escribirlos, para complacer a mi amigo don José Manuel Borgoño*». Los *Apuntes* se publicaron en un periódico de Chile, y se reimprimieron muchos años después en una colección de historiadores de la independencia.

La conmoción revolucionaria ocurrida en Madrid el 17 de julio de 1854 dio lugar para que Quintanilla se asomara por un momento al primer plano, pues concurrió a defender el Palacio Real, que se creía amenazado. «*Allí existí con el Teniente General Conde de Inmuri desde las nueve de la noche hasta las nueve de la mañana siguiente, presentándome al Ministro de la Guerra para que me emplease, lo cual no tuvo efecto porque las turbas no acometieron. Es de notar que de todos los Generales sólo Inmuri y yo concurrimos a Palacio aquella aciaga noche, manteniéndome yo toda ella a la puerta de la Real Cámara, que notado por S.M. me hizo entrar a la mañana y después de darme a besar su Real mano, me dijo las palabras siguientes: «Muchas gracias, Quintanilla, te estoy muy agradecida, pues he visto que has pasado toda la noche a la puerta de mi Cámara», y con lágrimas en los ojos me repitió las gracias. Yo contesté lo había hecho como leal súbdito y como un deber militar, y que lo haría siempre en iguales circunstancias por mi Reina. Pongo este servicio del cual me considero bastante remun-*



rado por las palabras de S.M., que tiene en mi concepto más estimación que las que se suelen dar de Real Orden».

Ese mismo año redactó también Quintanilla su breve autobiografía. Al concluirla declaraba: «*Mi conducta política y militar desde que empecé a servir ha sido cual cumple a un hombre de honor... les ruego que lean, particularmente mi hijo, esta biografía de su padre y que la transmita a sus descendientes para que sepan que han tenido un progenitor honrado y que les da lustre por su categoría de General y sus servicios hasta llegar a esta clase*».

En su vejez pasó Quintanilla por el dolor de perder a su esposa, cuando podía esperar que ella, mucho más joven, le cerraría los ojos a él. Doña Antonia Alvarez Garay falleció en Madrid en 1858. Parece que después se trasladó el general a Almería, pues con una señorita de esa ciudad contrajo matrimonio su hijo; y en Almería también encontró el definitivo reposo Antonio de Quintanilla, el 27 de diciembre de 1863.

Si en España no ha tenido su nombre mucha repercusión —ni en vida ni en muerte— en Chile, y sobre todo en Chiloé, no ha sido olvidado. En 1926, al conmemorarse el centenario de la capitulación de Tantauco, un escritor de Chiloé le dedicaba el siguiente soneto:

#### A QUINTANILLA

*Tú fuiste el último adalid de España,  
el varonil e hidalgo realista  
que supo resistir a la conquista  
en el rincón de aquella tierra extraña.*

*Perduran hoy tu lealtad y hazaña,  
hijas de tu sentir idealista,  
vencido de Pudeto y Bellavista,  
luchando por tu rey, tenaz, sin saña.*

*Emulo de Rodil en tu porfía,  
un siglo ya agiganta tu memoria  
de general, gobernador y guía.*

*Y noble vives en la patria historia  
con toda la pujanza y la hidalguía  
de los hijos de España y de su gloria.*